

Ante negligencia del Estado de Guatemala las niñas se rebelaron y callaron sus voces con fuego

Lucía Hernández, periodista y socióloga independiente

En una sociedad donde las voces de las mujeres no se escuchan, las voces de las niñas se callan, incluso con fuego.

Un total de 40 niñas perdieron la vida cruelmente en un incendio en el mal llamado Hogar Seguro de la Virgen de la Asunción en Guatemala, mientras otras 30 más permanecen en diversos centros asistenciales, bajo un pronóstico reservado; otras cuatro menores fueron trasladadas a Estados Unidos para una asistencia más especializada.

En este lugar, rodeado de árboles verdes dentro de una zona exclusiva, a tan sólo unos cuantos kilómetros de la capital, vivían hacinadas decenas de niñas y niños que huían de la pobreza, de la violencia doméstica, de las pandillas o de la droga. Al no tener un hogar seguro, fueron enviados al centro de la Virgen de la Asunción, conocido también como “el infierno”, por las pesadillas que se vivían tras su puerta cerrada.

Lo peor de todo, que deja en evidencia la negligencia del Estado, es que las violaciones a los derechos humanos que sufrían las niñas y los niños en ese lugar, no eran nuevas. Las menores y algunas madres ya habían denunciado ese centro desde el año 2015, describiendo hechos que habían pasado desde el año 2012.

Las voces nunca se escucharon

El periódico La Prensa Gráfica de Guatemala registró la muerte de una adolescente de 14 años en el 2013 al interior del Hogar. También se dieron varias denuncias sobre abuso sexual, embarazos no deseados, golpes, maltratos psicológicos, amenazas, mala alimentación e incluso el uso de sus cuerpos para el tráfico sexual.

El diario La Hora en su versión digital, publicó un reportaje bajo el título de “Niñez y Adolescencia que sufrieron maltrato no encuentran consuelo en El Estado”. Aquí se narran hechos que sucedieron entre el año 2013 y 2015.

Este mismo diario informa que la Procuraduría de los Derechos Humanos (PDH) interpuso la denuncia por desapariciones de niñas y adolescentes de ese lugar, bajo la sospecha que podrían ser objeto de trata de personas en modalidad de explotación sexual y el reclutamiento forzoso.

Se denunció también que un monitor practicaba boxeo, golpeando a las niñas y a los niños, que había un cepillo de dientes para cada diez niñas, que carecían de papel higiénico, que muchas dormían en el suelo por la falta de colchones y en las

noches el personal llegaba a abusar sexualmente de ellas en medio del hacinamiento.

Sin embargo, el gobierno estaba muy ocupado para escuchar las voces de las niñas, lo único que produjeron las denuncias es que se redactaran informes. También se destituyó en 2016 al director del centro y a la titular de la Secretaria de la Junta de Bienestar Social, pero eso no pareció cambiar significativamente la penosa situación del centro.

¿Y las autoridades y el personal del centro qué hicieron?

Un día antes de la tragedia, el 7 de marzo del 2017, varias menores, cansadas de vivir los mismos abusos todos los días, decidieron fugarse. Pero solo lo consiguieron 60 de ellas, las otras fueron detenidas en un operativo donde participó la policía.

Posteriormente a ser detenidas las niñas fueron castigadas y encerradas en una aula de la escuela donde, lejos de recibir una educación de calidad, recibían malos tratos y abusos.

La fuga tampoco produjo que las autoridades responsables de proteger a las niñas hicieran algo que demostrara que se preocupaban por ellas, por lo que las menores vieron roto su anhelo de terminar con las pesadillas de que eran objeto. Una vez más decidieron rebelarse, quemando algunos colchones para llamar la atención y obtener que las sacaron del lugar.

Varias vecinas del lugar denunciaron que escuchaban los gritos de las menores, que amenazan al personal, diciéndoles que las violaran delante de todos, pero sus voces y sus gritos de auxilio quedaron encerrados dentro de la cerca que rodeaba el lugar. Otra vecina dijo que las niñas detenidas estaban llorando y se escuchó a una decir que la iban a matar porque había intentado huir.

El humo salió de aula de 4x4 de la escuela donde las niñas estaban castigadas bajo llave. Se ignora en qué condiciones porque la prensa no tuvo acceso al centro ni antes ni durante ni después del incendio.

El hecho ocurrió a las nueve de la mañana. En un lugar abierto, rodeado de árboles, el personal responsable de cuidar a las menores curiosamente no se percató del humo ni de las llamas de fuego que devoraban todo a su paso. Las menores gritaban que las sacaran, pero nadie escuchó sus gritos, así como tampoco habían escuchado sus denuncias. En el lugar de los hechos 19 niñas murieron quemadas.

Algunos de los menores que estaban también en ese lugar, que tenía capacidad para 400 menores pero albergaba unos 800, contaron con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta que quisieron ayudar a las niñas, pero el personal y los

celadores que custodiaban el lugar no se lo permitieron, ya que las niñas estaban castigadas.

“Eran amigas de nosotros, las conocíamos, queríamos ayudarlas, pero no pudimos hacer nada” dijo uno de los menores, recordando cómo se dieron los hechos en el centro que funciona bajo la responsabilidad directamente de la Secretaría de Bienestar Social, siendo por tanto el Ejecutivo el responsable de velar por el bienestar de la niñez.

No se explica cómo las niñas tenían el material necesario para provocar un incendio si estaban castigadas. Tampoco cómo el incendio no fue sofocado, sino que se propagó a otros módulos y terminó con la vida de tantas niñas.

¿Y qué responsabilidad tiene el Estado?

Es muy fácil para las autoridades y para algunas personas inventar argumentos para justificar los que sucedió, queriendo criminalizar a las niñas. Pero ¿qué culpa tiene una niña de no tener un hogar seguro?; ¿qué culpa tiene una niña de ser pobre?; ¿qué culpa tiene una niña de que su madre no la pueda cuidar?; ¿qué culpa tiene una niña de que su padre no haya asumido su paternidad?; ¿qué culpa tiene una niña de haber sufrido abuso sexual?; ¿qué culpa tiene una niña de haber venido al mundo y de que su llanto y sus voces no sean tomadas en cuenta?

El presidente de Guatemala, Jimmy Morales, en sus primeras declaraciones desde uno de los centros asistenciales, dijo que la responsabilidad era del Estado, entendiéndose que el Estado está conformado por gobierno y población.

Es cierto que en esta tragedia todos y todas tenemos cierto grado de responsabilidad, pero sin lugar a dudas, la principal culpa se encuentra en el Estado. Y cuando decimos Estado no sólo nos referimos a este gobierno, que sí tiene responsabilidad, nos referimos también a los otros gobiernos que tampoco hicieron nada por mejorar la calidad de vida de la niñez guatemalteca.

La falta de políticas claras para atender el problema de la pobreza, la desigualdad, la inequidad y la violencia en un territorio donde la mayoría de su población es indígena, sometida al abandono, marginalidad y precariedad, también es responsabilidad del Estado.

Fue El Estado el que ignoró las denuncias de las niñas desde hace varios años.

Voces, risas y sueños que se apagaron para siempre

Más que un número, estas 40 niñas, eran menores entre 12 y 17 años que empezaban a vivir sus vidas, a dibujar sus sueños, a disfrutar de sus rebeldías de adolescentes y niñas. Pero sus voces, sus risas y sus sueños fueron apagados con crueldad.

Los rostros pálidos y desencajados de sus madres, las viviendas donde fueron veladas y los problemas que sufrían nos aportan información valiosa de que se trata de menores que vivieron en condición de pobreza y con muchos problemas familiares.

Muchas de ellas fueron obligadas a ir al Centro, otras fueron voluntariamente con la esperanza tal vez de hallar en “El Hogar Seguro” la seguridad, la atención y el cariño que les faltaba en sus casas. Sin embargo, lo que recibieron fueron agresiones sexuales, malos tratos, golpes, insultos y mucho dolor, al darse cuenta que en ese lugar no eran queridas ni aceptadas.

Una quería ser enfermera profesional, otra se había graduado de bombera municipal, a otra también le fascinaba bailar. Todas, como sucede a esa edad, querían disfrutar de sus vidas y hacer travesuras, desde su rebeldía y su fortaleza.

Una de las menores había perdido a su madre, quien fue asesinada por no pagar el impuesto de guerra. Esto es muy común en los países de Centro América, especialmente en Guatemala, Honduras y El Salvador, sin que los gobiernos se preocupen por esta situación de constante violencia a la que son sometidas las poblaciones.

Un día Internacional de la Mujer teñido de sangre

Ese ocho de marzo, mientras en una marcha en la capital de Guatemala se celebraba el Día Internacional de la Mujer, recordando las más de 123 jóvenes trabajadoras que fueron encerradas y quemadas en una fábrica textilera de Nueva York, Estados Unidos, por exigir mejores tratos, a unos 10 kilómetros de la ciudad, 40 niñas también fueron quemadas por demandar un mejor trato.

Este incendio del hogar tiene mucha relación con el acontecido en Nueva York el 25 de marzo del año 1911. A pesar de que han pasado 106 años, las mujeres siguen siendo invisibilizadas, sus voces siguen siendo ignoradas y calladas con crueldad.

Los dos grupos de mujeres jóvenes, unas en el año 1911 y otras en el 2017, unas en Nueva York y otras en Guatemala, fueron encerradas por atreverse a protestar y denunciar las injusticias que vivían. Los dos grupos perdieron la vida en un incendio, sin que los responsables se condolieran al ver el humo y las llamas devorar vidas de seres humanas, de niñas que empezaban a vivir, de mujeres valiosas, cuyo único delito fue luchar contra las injusticias.

Testimonios de las sobrevivientes

Menores sobrevivientes narran con rabia como estaban cansadas de denunciar los malos tratos y como muchas de sus compañeras se vieron obligadas a escaparse para huir del infierno en que vivían.

“Ese no era un hogar seguro, ese era un infierno”, decían muchas de las madres que lloraban sin consuelo ante la pérdida de sus hijas, quienes en vida les decían que adentro vivían toda una pesadilla.

Rosa María Tobar, madre de Rosa Julia Espino Tobar, de 16 años, una de las primeras jóvenes en ser sepultada, contaba con voz desgarradora que no podía creer que su pequeña estuviera muerta. Dijo que ella le suplicó a la jueza que la cuidara y ella le prometió que la iban a cuidar, pero no cumplió su promesa, porque hoy su hija está muerta. “¿Dónde están las promesas?, cuando uno promete algo lo cumple” decía la madre entre lágrimas.

La madre dijo que su hija fue llevada al Centro porque ella sufrió un accidente y luego estuvo en estado de coma y no había quien cuidara a la menor, pero ya estaba haciendo los trámites para sacarla.

Kimberly Yajaira de 18 años le dijo al diario La Prensa Libre que andaba buscando a su hijo, a quién se lo quitaron desde hace tres años.

“Yo quiero a mi bebé. Sé que este no es un lugar seguro. Estuve aquí, me golpearon, cuando estaba embarazada, uno de mis gemelos murió”. “Nos violaban, agredían y nos desnudaban cuando ellos querían”, agregó la joven, con mucha rabia y llanto en su voz.

“Lo único que queremos es justicia porque fueron tantos años que estuve internada yo también en esa casa hogar y fue mucho daño que nos hicieron, ahí lo que los hacían eran pegarnos y nos violaban, a mí me hicieron abortar a los 13 años”, describió la joven, entre sollozos.

Otra menor dijo que había salvado su vida porque mojó una sábana y se cubrió con ella, por lo que resultó solo con algunas quemaduras. Las menores que lograron sobrevivir a la tragedia coincidieron en que en el Centro les daban malos tratos, golpes, abusaban sexualmente de ellas y les daban comidas con gusanos.

Llama la atención que frente a la tragedia, tanto en el hogar como en los centros asistenciales, lo que sobresalían en su mayoría eran rostros consternados y preocupados de las madres, abuelas y tías, quienes llegaron cargando sus bebés, recorriendo grandes distancias, en horas de la madrugada según se iban dando cuenta.

Los grandes ausentes en su mayoría fueron los rostros de los padres, poniendo en evidencia una vez más la irresponsabilidad paternal que se vive dentro de la cultura patriarcal que señala y culpa solo a las madres, pero que deja a los hombres en libertad para seguir abusando.

¿Y ahora qué?

El titular de la Secretaria de Bienestar Social (SBS) de la Presidencia de Guatemala, Carlos Ronda, quien tenía pocos meses de estar en el cargo, interpuso su renuncia para contribuir con la investigación y porque se encuentra devastado por la muerte de las 40 niñas.

También se destituyó al director del Centro, Santos Torres, y se ha organizado una comisión para que empiecen las investigaciones. Ha trascendido que entre los diferentes sectores del gobierno se echan la culpa por no haber actuado a tiempo y porque han aceptado que hubo negligencia y las muertes se pudieron haber evitado.

Todo ello se ha dado en el contexto de marchas que se han organizado porque el pueblo de Guatemala exige justicia y responsabiliza de las muertes al Estado, señalado que es un feminicidio y que, por lo tanto, no descansarán hasta que no se castigue a todos los responsables.

Sin embargo, como en este y otros crímenes que han sucedido, siempre queda la duda si en verdad se castigaran a los responsables y, sobre todo, si se evitará que hechos como estos se repitan, ya que existen otros centros de menores que viven situaciones parecidas.

La respuesta quizás se encuentre en el pueblo de Guatemala. En primera instancia es preciso que no dejen de gritar y de presionar como lo hicieron las niñas, cuyos gritos y llantos llegaron a traspasar la prisión en la que estaban y las fronteras del mundo, denunciando que en su país no se respetan los derechos de las niñas. Es necesario seguir movilizándose para desnudar a un Estado sordo y ciego ante las necesidades de las niñas, para revelar una vez más que las niñas siguen siendo asesinadas por no quedarse calladas en una sociedad machista que nunca ha pensado en el bienestar de la niñez.

Hoy no sólo cuarenta hogares están de luto. Es toda Guatemala, toda Centro América, toda América Latina, todo el mundo el que llora de impotencia por la muerte de estas cuarenta niñas, quienes apenas empezaban a dar sus primeros pasos para soñar con un mundo, donde sus voces se escucharan y donde sus cuerpos y sus ideas se respetaran.

Niñas de Guatemala, niñas valientes y aguerridas, que sus testimonios de lucha nos acompañen por siempre y nos regale esperanzas para exigir justicia por siempre.